

RECONCILIACIÓN CON LA VEJEZ Y TRASCENDENCIA RELIGIOSA¹

EDUARDO LÓPEZ AZPITARTE

1. La nueva situación sociológica

El progreso ha hecho posible sin duda una victoria parcial sobre los mecanismos biológicos, en cuanto ha retrasado significativamente a muchas personas el momento definitivo de la muerte. Lo que hasta hace poco suponía una condena irremisible ha perdido su carácter mortal y muchos han recibido con agradecimiento la condonación de tal pena para un tiempo posterior. Una benevolencia no atribuible a la naturaleza biológica, sino al dominio creciente de la técnica para reparar los procesos naturales que provocaban el cese de la existencia.

Las estadísticas demuestran con evidencia cómo en todos los países, incluso en los menos desarrollados, el índice medio de vida ha crecido de manera llamativa, aunque la desproporción entre las regiones ricas y pobres siga siendo alarmante e hiriente². El problema que hoy preocupa no es tanto el envejecimiento en sí, sino la velocidad y amplitud que reviste, hasta el punto de que el siglo XXI será considerado en la historia como el del gran crecimiento de la ancianidad. Las estadísticas apuntan también, con el grado de error inevitable, que para el año 2000, en muchas naciones desarrolladas, el número de personas mayores de 65 años, puede alcanzar el 20% de la población. Y dentro de este contexto, el grupo de octogenarios va a ser el que aumente con una mayor rapidez³. El descenso de la mortalidad infantil y este crecimiento acelerado de

¹ Ponencia tenida en el Congreso de Bioética «Envejecer cuando nace un siglo». Granada, septiembre 1998.

² Si en los países desarrollados la edad media de la mujer se encuentra en torno a los 80 años, en otros, sumergidos aún en la pobreza, como en muchos de África, el progreso conseguido alcanza ahora el mismo nivel –sobre los 35 años– que hace siglos se había superado entre los primeros. Las desigualdades económicas condicionan también estas diferencias injustas de cara a la muerte. Cf. J. VARA BAYÓN, *¿Por qué los pobres son pobres?:* *Moralía* 17 (1994) 163-184.

³ Me remito a algunos artículos más recientes: J. VINUESA, *El proceso de envejecimiento en la población de Europa y de España*, en AA.VV., *La tercera edad en España: necesidades y demandas*, Madrid 1990, 53-84; J. PANIAGUA, *El envejecimiento de la población y sus*

ancianos dará un cambio significativo a la proporción de edades muy diferente a la de épocas pasadas.

Por otra parte, la medicina ha mejorado extraordinariamente el nivel de salud psíquica y biológica de nuestros mayores. La geriatría y la gerontología, como nuevas especialidades médicas, han posibilitado que estas personas se acerquen a la vejez en condiciones de prevenir mucho mejor sus deficiencias, hacer frente a sus posibles patologías y recibir las ayudas necesarias para esta situación⁴. Aunque todavía nos quede mucho que avanzar por este camino, no cabe duda que ya hemos recorrido un buen trecho.

Todo esto significa que, antes del envejecimiento más pronunciado, a un tanto por ciento bastante grande de individuos les quedará un período de 15 ó 20 años, en los que, sin mayores limitaciones o deficiencias, se encontrarán apartados de toda actividad social, al margen del trabajo o profesión que habían desarrollado anteriormente. Es decir, la jubilación no se identifica con la inutilidad, con el pasivismo, con la invalidez del cuerpo o de la mente. Se trata más bien de una época en la que aún es posible abrirse a otras dimensiones henchidas de riqueza y optimismo.

2. La ilusión por la vida

Si la muerte se encuentra vinculada con nuestra constitución biológica, el deseo de vivir está inserto en nuestros mecanismos psíquicos más profundos. A no ser por situaciones especialmente duras e insoportables, nadie está ilusionado con el fin de su existencia. Es más, estas ganas por conservar la vida ayudan a vencer situaciones sanitarias muy comprometidas, como en la lucha contra el cáncer o contra episodios traumáticos, que la ponen en grave peligro o podrían deteriorarla de forma significativa. En esos momentos, algunos encuentran fuerzas y capacidades inéditas que entran en funcionamiento, sin dar por perdida una batalla que asusta y atemoriza de tal manera a otros que se entregan derrotados de antemano, como el que se rinde sin ninguna oposición.

consecuencias sociales e individuales: Revista de Fomento Social 48 (1993) 423-432; S. FEMMINIS, *Situazione degli anziani nella Comunità Europea*: Aggiornamenti Sociali 44 (1993) 676-688; R. GÓMEZ REDONDO, *Vejez prolongada y juventud menguada. Tendencias en la evolución de la esperanza de vida de la población española, 1970-1990*: Revista Española de Investigaciones Sociológicas 71-72 (1995) 79-108; M. JUÁREZ, *Sociedad española y personas ancianas ante el siglo XXI*, en J. GAFO (ed.), *Ética y ancianidad*, Comillas, Madrid 1995, 41-65; F. CARETTA, *Verso una società di anziani*: Camillianum 7 (1996) 95-107.

⁴ J. LAFOREST, *Introducción a la gerontología. El arte de envejecer*, Barcelona 1991; E. LÓPEZ AZPITARTE, *¿La edad inútil? Para ayudar y prepararse a la vejez*, Madrid 1993; F. DÍAZ PLAJA, *El arte de envejecer*, Oviedo 1995; A. AUER, *Envejecer bien. Un estímulo ético-teológico*, Barcelona 1997.

Es un hecho evidente y de sentido común que la gente que se siente a gusto y satisfecha en la vida no experimenta ningún deseo de morir. El miedo a la muerte es un grito instintivo a favor de la existencia, que se considera como un bien. Nadie quiere escaparse de ella cuando no existe ninguna circunstancia o acontecimiento que la hacen insoportable. Sin embargo, no se capta con la misma facilidad que esta vida que se quiere y protege, como el valor más importante, no se logra mantener si no se experimenta, al mismo tiempo, la experiencia de muerte. Desde que se nace, la existencia está tejida de duelos constantes, pues no es posible avanzar sin el abandono de todo lo que se pierde con el tiempo. Caminar por la vida es despedirse del ayer que pasó, repetir muchas veces un gesto de adiós hacia tantas realidades que se alejan del corazón. El ser humano toma conciencia de su temporalidad por la experiencia concreta de todo lo que pertenece al pasado, como pequeños despojos que ha de aceptar precisamente para continuar adelante. Cada paso que se avanza supone dejar atrás una huella en la que no podemos afincarnos si no se quiere parar la marcha. La vida es como una muerte que se prolonga pero que, en la medida en que nos respeta por más tiempo, es señal de que se encuentra más cerca.

Desde esta perspectiva, la vida y la muerte se entretajan inseparablemente en la existencia. Vivir es morir cada día un poquito. El ser humano que se dirige hacia el futuro es un nómada permanente, un peregrino que cada mañana recoge su atillo, sin encontrar una morada estable. Cuando alguna vez se pare y ya no salga al camino es porque, entonces, habrá muerto para siempre. No deja de ser una paradoja, por tanto, que todos deseemos vivir -y a ser posible por largo tiempo-, pero sin reconocer el precio de muerte que hemos de pagar por el regalo de la existencia. Antes del momento final con el que la vida se acaba, precede la experiencia del morir diario, como senda que termina siempre en el mismo destino.

3. La experiencia personal de la finitud

Dentro de la espiritualidad cristiana, el mensajero de la muerte no era sólo el que anunciaba al enfermo su cercanía. A lo largo de toda la existencia, se detectan múltiples señales premonitorias que nos recuerdan la fugacidad de todo lo humano. San Gregorio Magno lo expresa con una gran precisión, aunque no lo aplica al momento de la vejez: El mismo déficit que cada día nos deteriora no es otra cosa que una cierta abundancia de muerte⁵. Son vivencias que brotan en circunstancias diversas, con mayor o menor fuerza, de manera esporádica o más

⁵ «Ipse enim quotidianus defectus corruptionis quid est aliud quam quaedam proximitas mortis», *Homiliarum in Evangelia*, lib. II, *Homilia 37*, *Patrologia Latina*, vol. 76, col. 1275.

permanente, pero que terminan por despertar el sentimiento de que la vida se va gastando y corre hacia el final. Está plenamente justificado que el adjetivo mortal se haya sustantivado como sinónimo y expresión del ser humano.

Lo que sucede es que, durante bastante tiempo, aunque uno sepa que es mortal, la experiencia de la mortalidad no se ha hecho aún presente en la conciencia. Mientras se asciende con el deseo de alcanzar la plenitud del adulto, el terreno que se deja por detrás no es una pérdida que se abandona, sino una nueva conquista para llegar a la cumbre. Pero lo importante es el descubrimiento personal de la finitud, como realidad que deja de ser teórica para contemplarla presente en nuestra historia.

La vida se constata en las vivencias inevitables de las pérdidas y despojos. Desde que nacemos no es posible subsistir sin dejar a nuestras espaldas algo que abandonamos. La renuncia es condición necesaria para seguir adelante. Lo que acontece es que, para el joven y el adulto, tales pérdidas no tienen mayor resonancia, pues viven de cara a un futuro, cargado de expectativas y nuevas posibilidades, que compensa cualquier frustración. Aun en las circunstancias más molestas, queda por dentro una esperanza que suaviza cualquier dificultad. Están en camino hacia una meta que ilusiona y a la que aspiran, y abandonar el pasado lo hacen con gusto, como una condición necesaria para ir hacia arriba. Lo que se deja es para suplirlo de inmediato con otra alternativa mejor. Mientras que la vida se abre y se ilumina, como el sol que nace cada mañana, no hay por qué pensar en el atardecer, cuando la luz se difumina y anuncia el ocaso.

En la persona mayor, la mirada se centra mucho más en el pasado ante las pocas posibilidades que le ofrece su porvenir. La realidad que ahora vive ha perdido la riqueza de otros momentos anteriores. El deterioro orgánico, aun sin patologías concretas, aumenta de forma continua. La impresión de que las capacidades biológicas se reducen y la falta de fuerza, en los diferentes niveles de la personalidad, recuerdan con insistencia, aunque no interese constatarlo, que la esperanza de vida se va también agotando. No se trata sólo de las pérdidas más dramáticas, como la enfermedad crónica, el ingreso en una institución asistencial o una inmovilidad permanente, sino de ese cúmulo de pequeños gestos e incidentes de la vida ordinaria⁶.

Por eso es difícil que, durante el tiempo de la juventud y madurez, antes de comenzar los pequeños pero significativos declives, se comprenda lo que significa la finitud. No se toma conciencia cuando se evoluciona hacia niveles

⁶ M^a. E. FUSTÉ, *El desafío de la enfermedad y del envejecimiento. Cómo enfrentarnos a estas realidades. Reacciones psicológicas*: Labor Hospitalaria 25 (1993) 105-109; K. B. JANET, *Psicología del envejecimiento*, Barcelona 1996. M. GÓMEZ ORTIZ, *Psicología del anciano enfermo*: Labor Hospitalaria 29 (1997) 33-39.

superiores, se multiplican las posibilidades, la experiencia aumenta, se consiguen objetivos y quedan aún por delante muchas ilusiones por realizar. Es en el momento de la involución, cuando se siente que sólo resta un descenso cada vez más rápido desde la cima que se había alcanzado. Y es que todo lo que uno sospecha y se imagina no se conoce de verdad hasta que no se experimenta con el realismo de los hechos.

También aquí los itinerarios no son idénticos para todos. La vida puede ser demasiado dura para algunas personas en otras etapas anteriores. Pérdidas dolorosas, frustraciones profundas, heridas que ya no vuelven a cicatrizar, acontecimientos que dejan una huella para siempre, fracasos sin solución y otras situaciones parecidas, cambian el talante y la psicología de las personas, como si cada año hubiera valido por dos. Al fin y al cabo, la vejez se asoma desde el momento en que los recuerdos y la nostalgia de lo perdido pesan más que las esperanzas del futuro.

4. El enfrentamiento con la realidad

Es cierto que humanamente no es para muchos la etapa ideal⁷. Sería ingenuo no admitir las experiencias negativas que afectan en estos momentos. Hay como un cierto sentimiento de rechazo social, pues la cultura dominante no aprecia la vida de aquellos que no producen y hasta se les designa con el nombre de clases pasivas. A partir de una fecha determinada por otros intereses, al margen de los deseos o posibilidades del propio individuo, se decide su paso al mundo de los jubilados, como seres oficialmente inútiles desde una perspectiva económica y laboral. Es una situación, por otra parte, en el que la mayoría conserva aún la competencia profesional y las condiciones psicofísicas aceptables para continuar su trabajo. Aunque para algunos sea una época de serena tranquilidad, para una gran parte la nueva situación no resulta tan idílica. Se trata, en el fondo, de una pequeña *muerte social* por la que se excluye del trabajo, como seres que ya no tienen espacio en el campo laboral, cuando más de un 60 % desearía continuar en activo y sentirse integrados en una sociedad que prefiere marginarlos⁸.

⁷ Cf. J. MINOIS, *Historia de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento*, Madrid 1989; M. F. MANZANEDO, *Psicología y pedagogía de la edad evolutiva según Santo Tomás y Psicología de la edad senil*: *Ciencia Tomista* 119 (1992) 351-374 y 120 (1993) 575-586, donde se podrá encontrar abundantes textos y explicación de sus afirmaciones; D. GRACIA, *Historia de la vejez*: *Labor Hospitalaria* 245 (1997) 180-185.

⁸ J. J. LÓPEZ JIMÉNEZ, *La jubilación: opción o imposición social*, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* n° 60 (1992) 91-126; F. J. LETURIA, *La jubilación laboral y su impacto psicológico: del afrontamiento a la preparación*: *Geriatrics* 11 (1995) 86-94; F. JIMÉNEZ HERRERO, *Preparación y adaptación a la jubilación*: *Revista de Geriatria y Gerontología* 30 (1995) 81-88; AA.VV., *La jubilación, un programa para su preparación*, Valencia 1996.

Supone, además, el abandono de un grupo con el que se encontraban vinculados por los intereses y preocupaciones comunes, con el que se comentaban los acontecimientos diarios, en el que se habían encontrado buenos amigos cuya relación ya no es fácil mantener por diferentes circunstancias. Y, sobre todo, queda por dentro un sentimiento que no siempre se explicita con claridad. Ha transcurrido la mayor parte de la vida y la marginación laboral que la sociedad impone –aunque se siga trabajando ya no es de la misma manera– anuncia con mayor fuerza que se ha llegado a la penúltima estación. En la próxima, habrá que bajar sin remedio⁹.

A esta realidad personal y objetiva se añade el ambiente social que respiran, en el que los valores propios de este grupo sufren una baja permanente, sin ningún viso de recuperación. La fuerza, competitividad, eficacia, dinamismo y preparación técnica gozan de un atractivo mucho mayor que lo que ellos pueden ofrecernos. Los mensajes implícitos que reciben les hace sentirse sin pertenencia, como miembros de un cuerpo extraño o ciudadanos de un país desconocido, cuyos gustos y valoraciones no se identifican con los suyos¹⁰. Las costumbres sociales en el campo de la moda y del arte, las ideologías sobre temas que, a lo mejor, les habían preocupado; los múltiples cambios de una sociedad que evoluciona, los nuevos adelantos técnicos que asombran, etc., les son cada vez más lejanos e incomprensibles, como si ya apenas les afectaran. Son las generaciones jóvenes quienes empiezan a tener influencia, a ocupar puestos de responsabilidad, a convertirse en los gestores de un mundo del que cada vez se sienten más alejados.

La misma desaparición de sus antiguas amistades ahonda todavía más el hueco y aislamiento de su entorno. Cuando miran a su alrededor, ya no encuentran los buenos amigos de siempre que han ido desapareciendo. Se recuerda a los muchos que conocieron, descubriendo con sorpresa que nos dejaron hace 15 ó 20 años, cuando parece que todavía ayer dialogábamos con ellos. Hay que mirar hacia atrás para alimentarse de recuerdos que alivien, pues hacia el frente pocas ilusiones quedan. La memoria no funciona ya como el cine que registra secuencias continuas y en movimiento. Deja de ser una película para convertirse en un álbum de fotos que guarda la nostalgia del pasado. Con ella se escapa y huye muchas veces de una situación que no encierra mayores esperanzas, se construye un pequeño paraíso del que nadie puede expulsarle. Tal vez sea un hecho

⁹ Aunque muchas mujeres no abandonen un trabajo profesional y sigan consagradas a las tareas domésticas, sin ninguna jubilación laboral, se da también un corte simbólico parecido, cuando terminan su papel de madres y educadoras. El fenómeno específico de la menopausia les hace también descubrir que un ciclo importante de la existencia se ha concluido para siempre.

¹⁰ M. BROGGI, *La vejez y la muerte en la sociedad moderna*: Labor Hospitalaria 23 (1991) 331-335.

providente que a estas edades sólo se pierda el recuerdo de los hechos más recientes, que no suelen ser los más agradables.

Hasta las exigencias urbanísticas terminaron por destruir muchos lugares íntimos, que no tienen ahora nada que ver con lo que antes habían conocido, como si también, con su demolición, se hubieran roto los momentos felices que allí se vivieron. Parece como si todo el mundo estuviera de acuerdo en no dejarles espacios para vivir a su gusto, donde pudieran sentirse contentos y satisfechos. Aunque no quieran pensar en la muerte, saben que es el destino más cercano que les espera, pues se perciben al margen de la sociedad que lleva otro camino diferente.

5. La entrada silenciosa en la ancianidad

Es lógico, por otra parte, que a partir de esta edad el deterioro orgánico, que ya se había constatado con anterioridad, aumente de forma progresiva. Aunque no existan patologías concretas, es un estado que podría considerarse como enfermizo, cuando las limitaciones y deficiencias, aunque pequeñas, empiezan a multiplicarse. La visita al médico y los fármacos se hacen más frecuentes. La impresión de que nuestras capacidades se han reducido se hace por fin demasiado evidente. Es una realidad que se impone y se constata por sí misma, por mucho que intente ignorarse¹¹. Así, en un período corto de tiempo, la persona mayor jubilada entra -con frecuencia, de forma insensible- en el mundo de la ancianidad.

Este declive conduce de forma progresiva hacia una pérdida cada vez mayor de autonomía e independencia. Sujetos que llevaron adelante grandes empresas o pequeñas tareas y que respondieron a los múltiples desafíos de la vida con responsabilidad y prudencia, ahora empiezan a depender de los demás, que cada vez resultan más necesarios hasta para las actividades más vulgares e insignificantes. Impresiona contemplar a estos ancianos impedidos, que requieren ayuda y atención constante, con una capacidad de movimientos y decisiones muy limitada, cuando se les conoció, 25 ó 30 años atrás, en medio de una actividad y energía desbordante. Ya no se es casi nada, pues aquel *es* que entonces se empleaba para indicar su presente, se ha convertido en múltiples *ex* que revelan lo que un día fueron, pero que ahora pertenece al pasado.

¹¹ J. SUÁREZ, *Imagen del adulto mayor: Testimonio* 133-134 (1992) 11-17; J. M. RIBERA CASADO, *El anciano desde el punto de vista biológico* en: J. GAFO (ed.), *o. c.* (n. 2), 27-40; M. P. NÚÑEZ, *El envejecimiento un proceso biológico*: *Labor Hospitalaria* 245 (1997) 205-209; P. S. TIMIRAS, *Bases fisiológicas del envejecimiento y geriatría*, Barcelona 1997; AA.VV., *El envejecimiento*, Barcelona 1997; AA.VV., *Nuevas perspectivas en la atención psicogeriatrica*: *Labor Hospitalaria* 248 (1998) 102-122.

No se trata sólo de las pérdidas más dramáticas, como la enfermedad crónica, el ingreso en una institución asistencial o una inmovilidad permanente, que rebajan la propia imagen y estimación personal, sino ese cúmulo constante de pequeños gestos e incidentes de la vida ordinaria que, aunque sean mínimos e insignificantes desde fuera, les recuerda un mensaje invariable: que han dejado de ser lo que eran antes. El mismo deterioro de la imagen corporal afecta más de lo que a veces se cree, porque manifiesta con un realismo impresionante el proceso de disminución padecido, que les va llevando a una dependencia cada día mayor.

La vergüenza de saberse y sentirse molesto pesa, entonces, como una carga difícil de soportar, máxime cuando el anciano advierte que su condición impide también a los que le rodean que puedan gozar de su plena libertad y autonomía. Es frecuente que entre los miedos más aterradores de cara al futuro se descubra escondida esta posibilidad: el temor de ser no sólo inútil, sino de convertirse, además, en una molestia y en un obstáculo que otros tendrán que aguantar. Se desea vivir largo tiempo, pero todos prefieren morir antes de llegar a esa situación. El dolor psicológico de reconocerse como un peso muerto, dependiente para todo de la buena voluntad ajena, es más hondo y humillante que cualquier otro sufrimiento.

No es extraño, por tanto, que la soledad y el abandono acompañen, con más o menos fuerza, en esta etapa final¹². Pero reconocer con realismo esta situación, no significa dejarse vencer cobardemente por ella. Lo peor en tales momentos sería encerrarse en sí mismo, huir con los recuerdos hacia un mundo pasado para no encontrarse con la realidad de la que quieren ingenuamente escaparse. O llevar una vida de inercia y aburrimiento, que pretenden encubrir con otras evasiones superficiales y que no eliminan su malestar interior. Una cierta tristeza persiste por dentro que agría y entorpece las buenas relaciones con los demás y que, a veces también, aflora en el rostro de estas personas.

Por eso, no queda otro consuelo que evocar su pasado para que otros vean –y la misma persona mayor se convenza– que sigue siendo alguien, a pesar de las deficiencias actuales. Si necesita repetir los acontecimientos de su historia es porque desea que otros la escuchen para que nadie olvide que su vida fue bastante diferente a la que ahora se va apagando. El «aún no» del joven, que dinamiza y estimula su avance en medio de sus abandonos inevitables, se ha convertido en el «ya no» del viejo, sin nada para sustituirlos.

¹² A. FLORES, *Aspectos gerontológicos de la soledad*: Revista Española de Geriátrica y Gerontología 21 (1986) 181-187; J. A. GONZÁLEZ, *Bioquímica y psicofisiología de la ansiedad en la senilidad*: *ibid.*, 23 (1988) 80-86; J. MONTOYA, *El duelo del anciano*: Geriátrica 8 (1992) 180-184; J. J. LÓPEZ JIMÉNEZ, *Aislamiento y soledad en las personas mayores*: Razón y Fe 230 (1994) 31-40.

6. La vida como un éxodo continuo

A lo largo de la historia han existido muchos términos literarios, poéticos, simbólicos, culturales, religiosos, para expresar el acontecimiento de la vida. Es el gran teatro del mundo, donde cada individuo representa un papel; los ríos que van a dar a la mar, como una corriente impetuosa que a todos nos lleva por delante hacia el morir; la flor del campo que, a pesar de su belleza, enseguida se marchita; un exilio como castigo o venganza de los dioses; un laberinto en el que no se encuentra ninguna salida; un resplandor fugaz en medio de la nada; vanidad de vanidades y todo vanidad, sin que nada responda a la nostalgia más profunda del ser humano. Son formas distintas de expresar una misma realidad que nunca se ha considerado, por la experiencia de todos, como eterna y definitiva.

En la Biblia se emplea con frecuencia otra expresión, que es aceptable incluso para los que no tengan fe, y recoge, tal vez mejor que otras, la vivencia humana de lo que supone el existir. La vida es fundamentalmente un éxodo; alguien que se pone en camino hacia una meta, sin saber la distancia que resta hasta el final, ni las sorpresas que se presentarán en el camino, ni el tiempo que queda por delante. Vivir es una peregrinación continua en la que no hay posadas que ofrezcan un descanso definitivo. Son como gigantescas columnas humanas arrojadas de su campamento, que se lanzan al camino en búsqueda de otro distinto. El que desee salirse de la fila o no quiera continuar la marcha quedará definitivamente excluido de la existencia o será llevado por la fuerza por mucho que grite o proteste.

Negar esta realidad es comportarse como el niño que cierra los ojos para no reconocer lo que le molesta. Un mecanismo infantil que sólomente engaña a los ingenuos y no sirve para nada. Hasta cuando se convierte en cólera y protesta, no existe otra salida que reconocer la derrota, pero impuesta ahora por la fuerza. El grito de Unamuno contra el poder de la muerte que aniquila es una confesión explícita de esta fatalidad: «En una palabra: que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o mejor aún que la cabeza, el corazón, yo no dimito de la vida; se me destituirá de ella»¹³.

Será duro reconocerlo, pero cada uno sabe por su propia experiencia que, para la maduración humana, es imprescindible aceptar la frustración, provocada

¹³ M. DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. VI (*Obras completas*, Madrid 1967, vol. VII, 186). Sobre su tumba quedó, sin embargo, aquella otra estrofa de una poesía suya: «Ábreme, Padre eterno, tu pecho,/ misterioso hogar,/ dormiré allí, pues vengo deshecho/ del duro bregar».

por el cambio, el abandono, la ruptura, que destruye esa especie de omnipotencia infantil que no permite ningún desengaño¹⁴. Los psicólogos hablan del mito del paraíso perdido enraizado en lo más profundo del ser humano. Todos sueñan con recuperar de nuevo un estadio donde se pueda escapar a los problemas y conflictos de la existencia, como una vuelta a los tiempos primitivos del seno materno. Nadie se resigna a pactar con el realismo doloroso y molesto de la vida, latiendo siempre por dentro la nostalgia de algo mejor que lo que ahora se tiene. Es el camino más eficaz para no salir nunca de un psiquismo infantil que quiere y desea todo con un afán incontenible.

7. La reconciliación con el destino

La felicidad, la relativa felicidad que se nos permite a los humanos, se construye sobre otro presupuesto diferente: la reconciliación amorosa con un destino que forma parte de nuestra existencia. Hasta dentro de una visión agnóstica, sin acudir a ninguna dimensión trascendente, es la única condición para vivir con serenidad. «A veces aparece el cansancio de la finitud, que se traduce en el desconsuelo y zozobra ante la vida; pero es el resultado de una mala educación. Nadie puede cansarse de vivir si está educado en el amor a lo finito»¹⁵. La frase me parece de una enorme riqueza psicológica, aunque cueste mucho integrarla con facilidad. Y si he insistido en este aspecto es porque, frente al envejecimiento, es necesario aplicar lo que he dicho hasta ahora.

Si la vida es un éxodo, con un inicio y un fin, hay que aceptar todas las etapas que se van atravesando en cada momento. La totalidad de la existencia no se puede parcelar para quedarse con el terreno que más nos guste o nos convenga. El peregrino levanta cada mañana su tienda para poner de nuevo el campamento en otro lugar. Volver de nuevo al anterior es imposible, porque nadie puede retroceder en su existencia. Después de tantas etapas, se debería ya haber aprendido que el sueño del paraíso infantil quedó roto por tantas limitaciones y despojos anteriores, que nos descubren nuestra finitud y pequeñez.

Frente al destino del envejecimiento no cabe tampoco otra alternativa que la de la aceptación pacífica y serena, o la negativa rebelde de quien, aunque no quiera esa reconciliación, no tendrá más remedio que soportarla. Cuando se hace de la necesidad una decisión libre, se firma la paz con el destino. Lo contrario no conduce a nada por el carácter inexorable que lo determina y, además, es una fuente de tensión y un gasto de energías, que cansa, agota y destruye toda esperanza. Si la vejez, como el desengaño, la frustración, la muerte y tantas otras

¹⁴ Cf. el interesante artículo de C. DOMÍNGUEZ, *El deseo y sus ambigüedades*: Sal Terrae 84 (1996) 607-620.

¹⁵ E. TIERNO GALVÁN, *¿Qué es ser agnóstico?*, Madrid 1976, 82.

realidades negativas, son mojones en el camino que anuncian hacia dónde nos dirigimos, nada mejor que abrir un espacio por dentro, donde todos convivan como buenos amigos y compañeros. Como esa realidad nos acompaña en el largo viaje, sería absurdo querer ignorarla. Mejor se realiza el trayecto cuando la cordura se impone, se respeta su presencia y se busca el diálogo en lugar del rechazo y la exclusión. A partir del abrazo reconciliado se puede continuar el mismo trayecto de todos los humanos, pero ahora con una tranquilidad apacible y elegante. Se debería envejecer como los buenos vinos que con el paso del tiempo se hacen mejores, pero sin que nunca terminen por agriarse.

8. Dios se acerca entre los despojos de la vida

Yo creo que es humanamente posible llegar a una reconciliación. Se trata de reconocer la propia finitud de la existencia y aceptar el destino que a todos nos afecta, aunque sea doloroso, sin rebeliones internas que no sirven para nada. Pero existe otra perspectiva, todavía más completa, para acercarse a este mismo fenómeno. Me refiero a la posibilidad que tiene el creyente de iluminarlo con un enfoque sobrenatural, que repercute también en su psicología y desborda hacia fuera en la serenidad de su vida.

Nada de lo que hemos dicho hasta ahora pierde su valor, cuando se penetra en el mundo de la fe. El psiquismo humano funciona de la misma manera, al margen de las creencias religiosas. Es más, la vejez será más o menos idéntica, según las condiciones peculiares de cada individuo, sin que la dimensión religiosa intervenga de forma directa en el desarrollo de este proceso. Lo que sí posibilita es un nuevo punto de mira que permite contemplar la misma realidad con otros matices bastantes diferentes. La vejez se convierte, entonces, en una llamada hacia la trascendencia, que nos abre a Dios y a las personas que nos rodean.

A estas alturas de la vida, cualquier persona ha tenido ya múltiples experiencias de tantas cosas como se van quedando en el camino. Son muchas las pequeñas muertes que se han vivido para no darse cuenta de que todo es frágil y relativo. Sólo Dios se vislumbra como el único absoluto y la meta definitiva hacia la que nos dirigimos. Lo que acontece, como sabemos también por experiencia, es que nuestro caminar se hace cansino y lento, pues nos sentimos muchas veces atraídos por otras realidades que obscurecen a Dios. Nos cuesta estar libres y despojados para convertirlo, de verdad, en el valor más importante. Por ello, cuando la vida nos impone con realismo ese continuo despojo, el cristiano podría ver en tal acontecimiento humano y universal una presencia salvadora.

Dios mismo es quien acosa, destruye ilusiones engañosas, cierra salidas falsas, despoja de lastres que paralizan, corta amarras, purifica el corazón y lo libera, para que por fin no tengamos otro remedio que entregarnos a Él. Es una pedagogía amorosa que facilita este gran descubrimiento. La ruptura de tantas

esperanzas ha hecho vislumbrar la única Esperanza. Las estadísticas constatan que la religiosidad aumenta en las personas mayores. Algunos interpretan este dato como una búsqueda de seguridad definitiva, cuando las humanas se vienen abajo, como recurso eficaz para superar los temores inconscientes ante la muerte y el más allá desconocido. Aunque la experiencia sobrenatural pueda estar condicionada por mecanismos psíquicos, sería falso encontrarle esta sola explicación. Son momentos propicios para comprender mejor la relatividad de las cosas y alzar la mirada por encima de ellas y abrirse con asombro a los nuevos horizontes de la fe. Como si Dios quisiera prepararle a cada anciano la hora en que él también, como Simeón, pudiera recitar su cántico gozoso: «ahora, Señor, según tu palabra, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque han visto mis ojos tu salvación » (Lc 2,29-30).

9. La ofrenda de la propia vida

Si es la hora del encuentro con el Dios que nos espera y al que hemos consagrado la vida, estos años finales revisten una significación especial. Es la época propicia para entregar en manos del Creador, como gesto de sumisión y agradecimiento, la ofrenda última y definitiva. Él fue el origen de nuestra existencia, que un día recibimos como regalo de su amor, y también la meta final a la que estamos destinados. Lo que hace tiempo se nos dio, queremos de nuevo entregarlo a su dueño con cariño.

Esta respuesta agradecida es lo mejor que puede realizarse durante la ancianidad. Jesús mismo había dicho que nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos. «Por eso me ama mi Padre, porque yo me desprendo de la vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, la doy voluntariamente» (Jn 10,17-18). Esta frase, que puede aplicarse a la experiencia de nuestro morir diario –mientras la vida se agota progresivamente–, alcanza su mayor expresión en este último trayecto, cuando todo se apaga y desvanece. Es el momento de la ofrenda final, después de haber ido entregando tantas cosas como fueron desapareciendo. Ahora sólo queda un resto de existencia, al que seguimos apegados por ser lo más nuestro y lo que más queremos. Entregarla voluntariamente al Señor es el gesto de cariño más verdadero.

Podríamos decir que el verdadero creyente se adelanta a su propia sentencia. No es la enfermedad ni los años los que imponen su ley, aunque no podamos evitarla, es el corazón quien ofrenda la vida porque no tiene nada mejor que ofrecer. Hasta la impotencia final se hace fecunda. La siembra que acepta pudrirse, como el grano de trigo para producir la cosecha, no acaba hundida en el surco: «el que ama su vida la pierde y el que desprecia la propia vida en este mundo la conserva para una vida eterna » (Jn 12,25).

10. Testigos de la trascendencia

No creo que haya otra oración más densa y auténtica que ésta para llenar los ratos de silencio y hasta para cicatrizar las heridas del corazón. Tampoco se requiere mucho esfuerzo ni un gasto de energías excesivo. Es el recuerdo permanente, que se explicita en muchas ocasiones, de que la vida entera se le ofrece al Señor, como el gesto de amor más grande. Nadie sabe la vejez que le espera. Los condicionantes de todo tipo pueden reducir al extremo la energía vital. Es una posibilidad que no depende de nosotros y que ciertamente no resulta deseable. En cualquier caso, por ello, habría que estar preparado para semejante eventualidad. Y la única forma de prevenirla es haberse acostumbrado a repetir con anterioridad, cuando las fuerzas y la lucidez aún se conservan plenamente, esta entrega confiada y agradecida.

En un mundo tan opaco como el nuestro a la dimensión religiosa, estas personas mayores, aunque puedan parecer inútiles, se convertirían en un testimonio impresionante de trascendencia. Todos necesitamos que nos repitan muchas veces que Dios es lo único absoluto. Un rostro estropeado por los años y una vida gastada, sin el relieve y la influencia de antes, pero henchida de esperanza e iluminada por la fe, es un regalo formidable para todos. No hay nostalgia del pasado, como si deseara conservar aún lo que ya se entregó con gusto. Si también echa la mirada hacia atrás y goza con recordar lo anterior es porque, desde la cima en la que ahora se encuentra, se hace más fácil contemplar las huellas de Dios en su pequeña historia que todavía continúa.

Pero esta cercanía de Dios fomenta también una apertura hacia los demás, que elimina el riesgo de una actitud solitaria, egoísta, centrada en sus preocupaciones personales, como si los otros no contaran nada más que para valerse de ellos. La sabiduría que los mayores han remansado en su corazón debería manifestarse, sobre todo, en esta doble actitud.

11. La hora inevitable del relevo

La realidad demuestra lo que duele aceptar la hora del relevo, del aparcamiento, cuando por detrás llegan nuevas generaciones que desean abrirse paso y se empieza a no contar ya con la experiencia de los mayores. Aun cuando existan todavía fuerzas para desempeñar el mismo trabajo y se desee la permanencia en él, hay que recordar, por una parte, que por detrás vienen otros cargados de ilusiones y esperanzas que no podrán realizar mientras no haya espacio para ellos en una sociedad donde no caben todos los trabajadores. El retiro sereno hacia la jubilación es una forma solidaria de ofrecer puestos para los que sueñan con tenerlos y organizar su vida de manera estable. Los mayores ya dieron lo mejor de sí mismos y, cuando no hay puestos para todos, reconocen, aunque sea con

pena, que el porvenir del joven encierra mejores perspectivas que lo que ellos aún pudieran entregar.

Su misión está ya terminando y es más conveniente en tales circunstancias que sean ellos los que se alejen, adelantando su retiro final, antes de que los jóvenes se sientan frustrados y excluidos, cuando llevan largo tiempo preparándose para una actividad que no se les ofrece. A los jubilados, al menos, se les premia de alguna forma los servicios prestados y se les deja libres para otras actividades voluntarias, sin el acoso de la retribución, mientras que los jóvenes viven con la angustia de un futuro que no saben aún en qué terminará. El relevo aceptado es fruto de una comprensión hacia aquellos precisamente que, a lo mejor, no tienen en su rostro la misma mirada comprensiva y cariñosa hacia el anciano. Pero en algo habrá de notarse la sabiduría que brota de la vejez.

Me atrevería a decir, incluso, que semejante reconciliación es un signo también de sensatez. La vida debería haber enseñado, con el múltiple anecdótico de cada biografía, que nunca somos objetivos al evaluar aquello que nos afecta e interesa. Es frecuente que los demás descubran las limitaciones y deficiencias mucho antes y mejor que el propio individuo que, cuando las reconoce, es muy tarde y ya estaban señaladas por los observadores de fuera. Mantener la convicción de que todavía somos válidos para las tareas de siempre es un intento por no dañar nuestra imagen, como el que teme mirar el realismo de su rostro en el espejo. Pero decirlo y protestar, cuando se observan los indicios más o menos explícitos de que pretenden retirarnos, es añadir un motivo de compasión o de sonrisa humorista a la valoración más crítica y objetiva de los otros. Desde fuera experimentan un cierto sentimiento de compasión y pena por el sufrimiento que constatan, pero ven con una mayor lucidez y neutralidad que las razones auténticas hunden sus raíces en la psicología más profunda. Lo que cuesta trabajo es aceptar las condiciones impuestas por el destino; es aceptar que el ritmo de la vida, trepidante, creador, no sólo ha ido disminuyendo con el paso de los años, sino que ahora, con la conciencia de que aún podría continuar más tiempo, lo condenan a una marginación laboral con todas sus implicaciones negativas, sin que este sentimiento hubiera aflorado cuando estas jubilaciones afectaban a los demás.

¡Cuántas veces no se toman decisiones convenientes para no herir la sensibilidad del sujeto, que ignora y desconoce lo que perciben con evidencia las miradas ajenas! Hasta las explicaciones ofrecidas encierran mucho de mentiras piadosas que el interesado prefiere creerse, o que rechazará con energía por no caer en la cuenta de las verdaderas y más profundas. Estar atentos para adelantarse al cese, si se tuviera esta lucidez, antes de que no haya más remedio, es una muestra, por tanto, de riqueza y sabiduría humana. Por lo menos, sería sensato poner en duda las razones tan fuertes que se tienen, por muy auténticas y sobrenaturales que

parezcan. Una actitud que no se pondrá en práctica, durante la última época, si no se ha ejercitado en épocas anteriores, donde resulta también, como todos sabemos, muy necesaria.

Una fuerte mayoría, sin embargo, no acepta con resignación que ha llegado la hora del relevo. Quieren proclamar y convencerse a sí mismos, contra la injusticia que los otros cometen, que aún están capacitados para cumplir con las tareas de antes y con una experiencia muy superior a la de cualquier novato. Existen personas tan ingenuas o cegatas que están convencidas de que los más jóvenes nunca podrán actuar con la garantía que ellas ofrecen, como si con anterioridad no hubieran existido otras generaciones que habrían podido aplicarles a ellas este absurdo criterio. Nos cuesta entregar el testigo, como si fuera un robo que nos hacen cuando alguien nos sustituye, sin acordarnos que eso mismo hicimos con otros mayores y sin ningún complejo de culpa, cuando también se apartó a los que nos precedían. La experiencia podrá ser un dato importante, pero no tan decisivo como para impedir los nuevos cambios, pues todos comenzamos a trabajar sin mucho bagaje a las espaldas.

12. La vida nunca es inútil

Hay que superar, finalmente, el complejo de persona inútil. Es uno de los mayores miedos frente al futuro incierto. Nadie sabe con certeza si llegará un momento en que ya no sirva para nada y hasta se convierta en un aparente estorbo para los demás. Pero, mientras tanto, no hay que darse por vencido, como si nada tuviera que realizar. Resta un margen de tiempo, a veces suficientemente amplio, para entregarse a otras tareas. Es cierto que ya se acabaron otras posibilidades, que el radio de acción e influencia quedó disminuido por múltiples condicionantes, que las fuerzas flaquean y el ritmo de trabajo se vuelve cada vez más lento.

Las circunstancias de cada uno podrán ser diferentes y, en algunos casos, ciertos condicionantes podrían disminuir el margen de libertad. Pero la salud y la capacidad de este colectivo serán todavía, durante bastantes años, una fuerza y una riqueza, que no deberían perderse con el aburrimiento y el ocio estéril. Es consolador observar la ayuda formidable que muchos de estos creyentes ofrecen a la pastoral de la Iglesia o en trabajos sociales. El tiempo y el corazón que ponen en tantos servicios asistenciales de toda índole, que no es necesario ahora enumerar. El aumento significativo de personas en esta situación exigirá también, por parte de los responsables de estas instituciones, una adecuada planificación para ofrecer a cada uno los trabajos más adecuados a su propia capacidad.

La vida que se entrega a Dios es para compartirla también con los otros. Y esta doble apertura religiosa se convertiría, además, incluso desde el punto de

vista psicológico, en una estupenda laborterapia para las personas mayores. La sensación de estar ocupado y de que se es capaz de prestar alguna colaboración no sólo entretiene, sino que dinamiza y estimula para no darse por vencido. Es admirable ver cómo personas que un día alcanzaron un fuerte relieve social ahora se conforman con ofrecer pequeñas ayudas sin resonancias externas.

13. Valor simbólico de los últimos gestos

Pero por encima de estas posibilidades y ayudas, el anciano debe saber que su mayor prestación no consiste en lo que hace, sino que, aun en su aparente pasivismo e inutilidad, puede convertirse en un verdadero testigo de valores humanos y religiosos para todas las personas que le rodean¹⁶. Vivimos en un mundo tan mercantilizado que sólo se valoran las acciones utilitarias; es decir, aquellas que sirven para algo, que producen algún interés de cualquier tipo, que reportan algún beneficio. Las demás entran en el ámbito de lo inútil, y no se cae en la cuenta que de los que encierran una riqueza humana mayor son precisamente los gestos simbólicos, los que por sus apariencias no sirven para nada. Depositar una flor sobre la tumba del ser querido es una solemne idiotéz, ya que no le aprovecha a nadie. Su enorme valor radica en que se manifiesta de esa forma la vigencia de un cálido recuerdo que no se ha gastado con el tiempo.

Habría que recordar que el amor, cuando madura y se hace auténtico, es una experiencia radicalmente antiutilitaria. El que quiere a una persona, como sucede la mayoría de las veces, porque le interesa desde muchos aspectos, es porque no ha penetrado aún en la gratuidad del cariño¹⁷. Cuando se ama de verdad, no hay que esperar otras recompensas, aunque a veces vengan después por añadidura. El valor no radica en lo que sirve y produce, sino en la hondura humana del que entrega lo poquito que le queda. Un gesto humilde y generoso, como el de la viuda alabada por Jesús (Lc 21,2), que ofrece su corazón a través del óbolo insignificante que deposita.

Algún marxista comentó que la muerte del revolucionario es más altruista que la del mártir cristiano, pues el primero cree que ha valido la pena vivir para dejar un mundo mejor a las nuevas generaciones, mientras que el segundo lo hace para obtener la vida eterna. La afirmación no es exacta. Un creyente, aunque no muera

¹⁶ X. MORENO LARA, *Triunfar en la Tercera Edad: un programa para rentabilizar los años de madurez. Salud, cultura, inserción social, autorrealización*, Bilbao 1988²; J. MELGARES RAYA, *Valores éticos de la Tercera Edad*, Córdoba 1989; J. M^a ARNÁIZ, «En la vejez darán todavía fruto». *Ancianos religiosos: Testimonio*, 133-134 (1992) 33-43.

¹⁷ Baste recordar los análisis profundos de E. FROMM, *El arte de amar. Una investigación sobre la naturaleza del amor*, Buenos Aires 1977; E. LÓPEZ AZPITARTE, *Las crisis conyugales: una reflexión sobre la complejidad del amor*. *Proyección* 44 (1997) 37-48.

mártir, espera en un mundo futuro, pero siente la alegría también, cuando se va apagando en los momentos finales, que su vida quiso ser una siembra para el bien de los demás. Nada más que por esto ha valido la pena vivir. El evangelio recuerda lo del grano de trigo sumergido en la tierra, que florecerá más adelante en la cosecha. La semilla no podrá contemplarla, pero se esconde y se pudre con la ilusión de que otros alcanzarán sus beneficios.

Incluso la llama que se extingue es todavía un rescoldo que no ha terminado su función. Es necesaria la sabiduría del anciano para que en ella se reflejen ciertos valores que se oscurecen demasiado en nuestra sociedad. Con el paso del tiempo aprendió ya la relatividad de tantas cosas que llaman demasiado la atención, cuando existen otras más importantes que se marginan. El realismo de los hechos le hizo superar las ingenuidades y proyectos excesivos, que son fruto de un deseo absoluto e infantil, que no se reconcilia con las sombras inevitables de la existencia; manifestar la serena aceptación de una esperanza mayor que no se quiebra, a pesar de que tantas esperanzas pequeñas se quedaron por el camino; situarse con la paz silenciosa del que ya no puede intervenir en las decisiones importantes, pero abandona su puesto para que otros continúen realizando las tareas que él desempeñó, a lo mejor durante largo tiempo; vivir reconciliado y sereno con su propia situación, aunque no resulte agradable, para que los demás aprendan este duro aprendizaje en tantas circunstancias molestas que tampoco se desean.

Y siempre quedará una última lección, la más difícil, pero que todos necesitamos aprenderla: descubrir que es posible la felicidad en el gesto humilde y pobre de recibir atenciones y cuidados, porque con esa receptividad precisamente se hace feliz a los que la entregan. Amar no es sólo dar y ofrecer de lo mucho que a lo mejor se posee, es también gozarse de que los otros puedan sentirse alegres y satisfechos por llenar nuestro propio vacío y responder a nuestras necesidades. Sólo la persona que se cree autosuficiente, como si pretendiera cubrir sus carencias ocultas, se siente humillada por recibir ayudas externas, olvidando que la finitud hace indispensable el intercambio mutuo.

Cuando alguien se acerca con este talante a la vejez es posible que la alegría y la felicidad asomen a su rostro arrugado, habiten en su cuerpo hundido, brillen en la hondura de un corazón, donde no hay espacio para la amargura y la desesperanza. Su mirada agradecida es la gran recompensa para todos aquellos que se preocupan de suavizar los últimos tramos del recorrido.

14. El momento de la autenticidad

La sabiduría del Eclesiástico recuerda con un enorme realismo: «Cuando llega el fin del hombre, se revela su historia... : que sólo a su término es conocido el hombre» (Si 11,27-28). Traducido a nuestra manera, podríamos decir

que en la vejez se manifiesta la verdad más profunda del ser humano, lo que llevamos por dentro y habíamos escondido bajo las apariencias de una fachada exterior, que ya no se puede sostener. Las fuerzas físicas y las presiones sociales se han debilitado hasta el punto de no poder encubrir la realidad de nuestro interior. Aflora hacia fuera la autenticidad positiva o negativa que se había labrado por dentro, en el curso de la propia historia. A medida que se envejece, la persona demuestra sencillamente lo que es, sin las máscaras que deformaban su verdadera imagen.

Ahora que las personas mayores irán aumentando de manera significativa sería una gracia extraordinaria que, en la misma proporción, fueran cada vez más los ancianos y ancianas que se convirtieran en testigos de esta doble trascendencia hacia Dios y hacia los demás. Lo más opuesto a una comunidad cristiana es un pueblo de viejos, que no se identifica por la fecha de su nacimiento, sino por la falta de alegría, esperanza, ilusión, solidaridad¹⁸. El creyente que se ha dejado iluminar por Dios vive con un talante distinto, porque ha descubierto –y lo transmite sin querer a su alrededor– que sólo Él vale la pena, sin que ello suponga un desprecio o rechazo de los buenos momentos, de los gozos humanos, de tantas experiencias positivas que hicieron el camino más gustoso y llevadero. Recogiendo una metáfora de san Pablo (2 Cor 5,1), también él, en la medida que la morada terrena se desvanece y las esperanzas humanas se quiebran, siente la experiencia interior de que Alguien queda como absoluto, como lo único de veras importante.

El gran regalo de la fe es la certeza de que, en el atardecer de la vida, se ve con más fuerza la cercanía de Dios. Y esta misma presencia invita, a su vez, a una entrega generosa al servicio y preocupación por los demás. Aunque no se pueda dar mucho, pero lo más importante en estos momentos es ofrecer, con el corazón henchido de cariño, lo poco que se tiene. Si este testimonio se multiplicara, nadie podría decir, entonces, que la vejez termina siendo una edad inútil e insensata.

¹⁸ Debería resultar extraño y alarmante que, según algunas encuestas, no existan diferencias significativas frente a la muerte en las personas con una religiosidad débil y en las que carecen de fe. Cf. S. URRACA, *Actitudes ante la muerte (preocupación, ansiedad, temor) y religiosidad*, Madrid 1982.